Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
8	9	7	6	4	0
1	9	0	3	1	0
4	8	5	7	0	1
4	0	7	6	1	0
8	3	5	0	1	0



Verano/12



PLAYA HAMBRIENTA

(Por Adrián Abonizio) La playa está desierta. Un viento sureño la arrasa por la noche y deja de soplar apenas el sol aparece. Cerca del mediodía, haciendo más tórrido el clima, la brisa desaparece, ya no se remueve la arena y el río parece pintado. Esta zona siempre fue así, silenciosa, expectante. No recuerdo ningún sonido de vida en ninguna de las estaciones en que la visité, con mis mil oficios y rebusques. La imaginería del lugar dice que está maldita, por eso nadie deposita sobre ella ni kioscos, ni arreos ni nada. Ahora la tengo de nuevo ante mí, materializada en esta forma curva y amarilla con aspecto de solidez. Probablemente que su cuestión sea el hambre ahora: nadie con aspecto humano le ha puesto un pie encima todavía; en consecuencia no acepta perros, ni bichos, ni sobrevivientes de naufragios que seguro llegan en la noche, con la bruma. Basura incomible y en mal estado.

Lo que ella necesita yo bien lo sé: es carne de turista, plantas calientes corriéndole por el lomo y el sudor de las chicas derramado desde el ardor húmedo de las reposeras. Necesita hasta del mate volcado y de las gordas matronas refrescándose las chichas en la espuma. Y de los niñitos, con sus sangrecitas y sus entusiasmos. Yo la he percibido como una ballena cazando a la espera y relamerse cuando los paseantes ocasionales, inadvertidos, se detienen en la entrada y amagan con avanzar. Pero dan unos pasos y se vuelven a sus hoteles como si presintieran que están pisando campo minado. ¿Le echan la culpa a la permanente sudestada o presienten algo? ¿Por qué salvan sus desnudeces, sus ganas de asarse al sol brutal y se esconden en esas madrigueras acondicionadas con el frío artificial? Pobre playa, sin amigos, sin cerveza chorreada, sin preservativos abandonados ni bullicio. Volvimos a encontrarnos junto al rumor escaso de un río grisado y con pocas ganas intentó convencerme de retomar el juego interrumpido. Así que para darle el gusto la caminé durante horas al grito de: "¡A la Coca! ¡Fresquita la Cooocaaa...!"" Me sentí un pelotudo, ni más ni menos. Quiero salir cuanto antes de aquí y olvidarme del asunto. De pronto, como desde un sueño, siento el clásico arrastrar de pies sobre la superficie. La chica que enarbola la sombrilla pasa muy junto a mí y el poco viento le ordena el cabello. Veo su cara, el contorno aindiado, el cuello que sostiene su linda cabecita. Después me mira, sorprendida de encontrarse en compañía. Tiene una malla negra que le ajusta y lentes como de submarinista. Extiende una lona, deja un envoltorio y estira las piernas. Es como salir (o entrar) a una pesadilla: no lo puedo creer todavía. De puro contento grito mi grito de guerra. Ella da un respingo. Estoy a dos metros, apoyado en una baranda y la llego a asustar. Pero es que con sus anteojos de sol gigantes y tan plácida tirada ahí, el panorama es tan extraño y siento una felicidad tan feroz que lo único que sale es: "¡Coooocccaaaa.... Coooooooocccaaaaa...!" Ahora sí me mira de frente, se baja las antiparras ésas y se sonríe. Algo me dice que no oigo. Me digo a mí mismo que debo aprovechar para irme. Tomármelas. Rajar de este crimen a punto de consumación sin dejar ni una huella. ¿De qué vale que yo esté berreando como un marrano vendiendo una miserable gaseosa, si ella yace, con su hermosura, con su candidez, sola, inocente como un mojón y nada sabe que bajo su cuerpecito la arena puede devorarla en cuanto se mueva unos centímetros? Por favor no lo hagas. Shh, quietita, me empiezo a sentir un miserable entregador. Me acerco en puntas de pie para verla de cerca y advertirle. En ese preciso momento levanta la cabeza. Hablo. Todo junto le largo de un tirón. "Conozco esta playa, no viene nadie. ¿Querés saber por qué? Está maldita. Se traga a la gente, se la come, le saca los huesos y la mastica, después la escupe, ahí, al río y ya nadie los encuentra. Rajá, che, creéme, rajá y pronto." Me mira como si le hablara en dialecto. No me escucha, lleva puestos unos auriculares imperceptibles adentro de sus hermosas orejitas. A través de los intersticios de sus dientes blancos, su lengua se mueve y pronuncia suavemente con su boca roja: "Una Sprite fría... por favor".

Así suceden las cosas, pienso contando el dinero y rozándole los dedos al darle el vuelto. Vendrán muchos más y todos van a perder el pánico, luego seguirán los de febrero, el cielo se va a cubrir de avioncitos de madera balsa, correrán algunos rumbo al corazón del canal en sus tablas, volverán mis queridas gordas y sus canastos y sus esposos adosados y por fin, una tardecita, me detendré a contemplar tantos y poderosos culos como granos de arena hay. Y alguna tarde también me volveré a emborrachar con sangría y a hacer el amor bajo las duchas como manda el verano.

Le doy la espalda enumerando recuerdos extraordinarios, de lo contrario corro peligro de escuchar ese sonido repugnante como de aspiración que produce la playa y seguro que esta zona me va a solicitar algo, una nueva presa y yo sé bien qué más. Fue una cosa cruel todo esto. La dejé más sola de lo que había venido. Si hasta me sonreía, la ingenua. Era hermosa y tan cercana. Era la primera. Sirvió para que llegaran más. Están viniendo, ahí están. Por la noche, cuando el sol bajó el telón de golpe rastreé el lugar y sólo encontré sus anteojos intactos y la tapita de gaseosa.


VIÑUELA

UNA TENTACION JUVENIL

Por Miguel de Unamuno

Entre las obras de Miguel de Unamuno (Bilbao 1864-Salamanca 1936) se destacan "En torno al casticismo" (1895); "Paz en la guerra" (1897); "Amor y pedagogía" (1902); "Mi religión" (1907); "El sentimiento trágico de la vida" (1912); "La agonía del cristianismo" (1924); sus poemas "Rosario de sonetos líricos" (1912); "El cristo de Velázquez" (1920) y "Rimas de dentro" (1923); sus dramas "Soledad" (1921) y "El otro" (1926) y sus novelas "Niebla" (1914), "Abel Sánchez" (1917), "La tía Tula" (1921) y "San Manuel Bueno, mártir" (1933). El texto que se publica a continuación es inédito.

Gabriel había venido a estudiar a Madrid a los 17 años, dejando con tristeza su país, su familia y su novia, una jovencita de su edad. Era un estudiante formal y un poco melancólico que no hacía más que estudiar y amaba la ciencia que estudiaba. El día en que recibía carta de su novia se acostaba más contento, con más ganas de estudiar. Iba de casa a la universidad y de ésta a casa los días de labor, y los de fiesta, después de tomar café con un amigo, si el tiempo era bueno, se iban a pasear por los campos pelados que rodean Madrid. Contemplándolos, se complacía en recordar la verdura perenne de sus montañas.

Oía misa al día y comulgaba al mes; era muy religioso, aunque su manía de razonar le sacaba poco a poco de la serenidad de la fe del carbonero a las dudas del teólogo.

Muy pocas veces salía de casa a la noche, después de comer, no siendo algún sábado en que iba al teatro, muy de tarde en tarde. Solía quedar en casa a estudiar; se iban todos los demás huéspedes, huéspedes de tres pesetas, se iba la patrona doña Pepa, y quedaban en casa Gabriel y la criada. Como había que economizar luz, quedaban los dos en el comedor, sentados junto a la mesa, él estudiando y ella cosiendo o haciendo media. El silencio era casi absoluto, pues solo se oía el crujir de las hojas del libro y el tic-tac del reloj. De rato en rato se levantaba, dejaba el libro y daba dos o tres vueltas por el pasillo para refrescar la cabeza. Al cabo de una hora y media se levantaba, pedía el candelero, daba las buenas noches a la criada y se retiraba a dormir, haciendo sus oraciones antes de entregarse al sueño. Algunas veces, cuando quería reposar del estudio, en vez de salir a pasear por el pasillo sacaba la última carta de su novia y la releía. El día en que la había recibido la criada se permitía decirle algo como: "Vamos, don Gabriel, que hoy estará usted contento", a lo que sonreía Gabriel. Casi siempre estaba acostado cuando volvían la patrona y los demás huéspedes.

Hubo un día en la vecindad riña de mujeres; las de la buhardilla se pusieron como trapos viejos. Aquella noche Gabriel dejó un momento el libro y habló del suceso con la criada. El contar chismes de vecindad era una de las pocas cosas que rompía la apatía de la muchacha. La pobre chica se desahogó.

En adelante se repitió la conversación; la muchacha se quejaba de doña Pepa, ella se habría ido ya de la casa si no fuera... "Por nosotros, ¿no es eso?", decía Gabriel.

Se había roto, como tengo dicho, el silencio de aquellas noches, la inmensa calma de aquella soledad de dos jóvenes lejos de sus familias empezaba a obrar en sus espíritus.

Ella le habló de su país, un país serrano donde abunda la miel, de su casa y su pueblo; él, de su país y de su novia. Los diálogos (eran muy cortos porque Gabriel tenía que estudiar) habían sustituido a las vueltas en el pasillo. Hablaban un ratito hasta que él decía: "Bueno, bueno, tengo que estudiar", y volvía al libro. Un día le enseñó el retrato de su novia, a quien la criada halló muy guapa. Empezó a tutearle cuando estaban a solas, jamás delante de los demás huéspedes, porque entonces fingía una absoluta indiferencia, lo que no impedía bromas de los demás a cuenta de aquel quedarse solos por las noches. Y no sólo le tuteaba, sino que se empeñó en que ella le tuteara sin poderlo conseguir.

Gabriel no se engañó, notaba ya su afición naciente y rezaba para conjurar el mal. Por las noches se olvidaba del rezo.

Los días en que recibía carta de su novia pensaba seriamente en el caso, reflexionaba que a raíz hay que matar las malas aficiones. "Le estoy engañando", se decía, "ella nada sabe, yo no debo hacer esto, ella y ella sola y nada más que ella... (ella era su novia). Desde mañana...". Al día siguiente, cuando la criada iba a hacer la cama a su cuarto, el de Gabriel, le demostraba una seriedad seca, y a la noche, solos los dos, cerraba el libro y apoyándose en la mesa volvía a las andadas.

Los diálogos iban alargándose y acortándose el estudio. Una de las bromas del pobre Gabriel era preguntarla si quería ir con él a su pueblo. "Si usted me lleva...", contestaba ella. Otras veces le decía que cuando él se casara con su novia le llevaría a ella, a la criada, para servirles.

Cuando de día la encontraba sola en el pasillo, empezó a abrazarla, nada más que abrazarla. La cogía; ella, con los brazos caídos, sin soltar la escoba cuando la tenía, le dejaba hacer; él la oprimía contra su pecho. Eran abrazos sencillos, nada más.

Cuando se iba a acostar, puesto de rodillas, rezaba, pedía a Dios que no le dejara caer en la tentación, se espoleaba el espíritu [illegible] ¡Sí, para sentir horror por la falta [illegible] faltaba, faltaba [illegible] y a su novia, la pobre[illegible]. No podía seguir así.

Solía levantarse temprano e ir a la cocina a ver cómo la criada hacía el fuego, a cuchichear allí, donde le acariciaba la barbilla.

Un día, a la vuelta de la comunión, recibió carta de su novia. Se encerró en su cuarto, meditó, rezó, lloró, escribió en contestación una carta ternísima, larga y llena de vaguedades. A la noche, en vez de quedar en casa, salió de paseo y solo recorrió los pelados campos, volviendo a casa ya muy tarde. Durante unos días trató a la criada con sequedad. Ella le preguntó qué tenía, qué le pasaba, si había recibido alguna mala noticia de su madre, si había reñido con su novia. Al retirarse a casa por las tardes, entraba en una iglesia, iba a un rincón, donde nadie le viera, se arrodillaba, rezaba, se pellizcaba la carne tentadora. Durante aquellos días volvió a pasear en el pasillo y a repasar las hojas del libro al tic-tac del reloj.

El efecto de la comunión fue debilitándose y volvieron los abrazos furtivos.

A las noches colocaba su silla junto a la silla de ella, como por descuido, y mientras estudiaba, sin quitar la vista del libro, echaba su brazo sobre el respaldo de la silla de la criada, le acariciaba el cuello con los dedos y jugaba con su pendiente sin dejar de estudiar. A ratos contraía el brazo y la acercaba un poco. Ella le dejaba hacer. Los dos se ponían encarnados y respiraban fuerte. Una noche se levantó Gabriel antes de tiempo, le pidió el candelero, y con él en la mano, de pie, respirando por la boca abierta, se quedó mirándola, la abrazó, dio las buenas noches y se fue. Aquella noche estaba tan cansado que atropelló sus oraciones.

Algunas veces reposaba su mano sobre el muslo de ella, que le dejaba hacer. Un día en que él la tenía cogida por la cintura, ella se levantó para acercar la media al quinque y ver un punto, la atrajo él con el brazo y en vez de volver a sentarse en su silla se sentó sobre las rodillas de él. Este la sujetó con su brazo, colocó bien su libro y siguió estudiando mientras ella, sobre sus rodillas, seguía haciendo media.

Esto se repitió ya todas las noches. Así estudiaba él, así se hablaban, rojos los dos, mientras él jugaba con el pendiente de ella. Muchas veces quedaban callando, atraía Gabriel a su cabeza la cabeza de la criada y oprimía mejilla contra mejilla, las dos ardientes, pero jamás le dio un beso.

Mientras la tenía así, sentada sobre sus rodillas y con una mano le sujetaba, con la otra le acariciaba los tobillos. Fue subiendo poco a poco y más tarde le acariciaba las pantorrillas por debajo de las enaguas. Seguía oprimiendo mejilla contra mejilla. Ella le dejaba hacer.

Muchas veces los sorprendía así el campanillazo de la patrona. Se separaban, entraba ésta y al poco rato Gabriel decía a la criada: "Deme usted la luz"; la llevaba , y se acostaba. Entonces venían las lágrimas, los propósitos de enmienda, el pintarse en su imaginación a su novia ausente para [illegible] con la ilusión querida [illegible]dad tentadora.

Una [illegible] estaba malo Gabriel, las venas de las sienes le latían con violencia, sentía escalofríos y un cosquilleo ardoroso. Se retiró al cuarto temblando y desde él pidió el candelero a la criada. Llegó ésta, que lo traía apagado, entró en el cuarto oscuro, él la cogió, la abrazó, oprimió las mejillas sin besarla.

Ella con los brazos caídos le dejaba hacer. Se sentó en el borde de la cama y a ella sobre sus rodillas, le acarició como de costumbre. Poco a poco fueron tendiéndose y al rato quedaron los dos tendidos en la cama, el uno junto al otro, respirando fuerte por la boca abierta. El temblaba, con una mano le acariciaba la barbilla, las pantorrillas con la otra, y así estaban temblando los dos, cuando sonó el campanillazo de doña Pepa. Gabriel bendijo a doña Pepa. Se acostó sin rezar, pero rezó en la cama porque durmió muy poco.

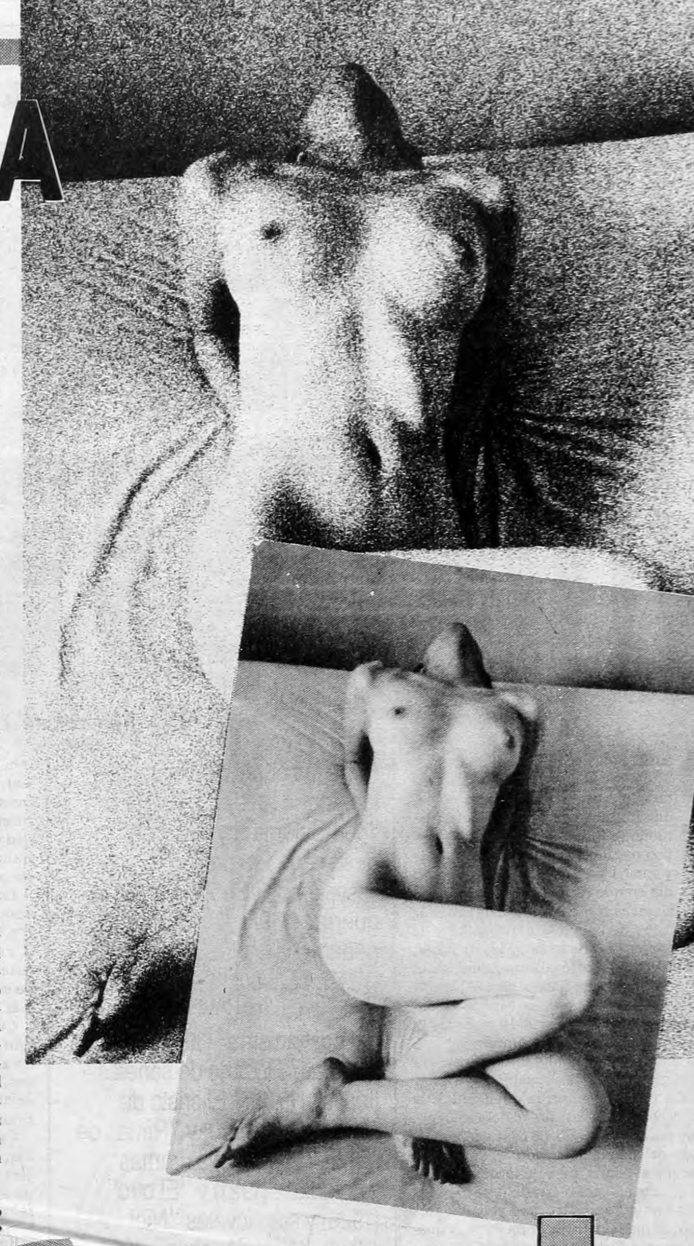
Pasó dos días de borrasca, días en que salió de paseo a la noche y redobló sus oraciones. Llegó el domingo, un día lluvioso y frío, fue a la mañana a comulgar y volvió tarde. A la tarde no salió, se encerró en su cuarto, tomó papel y escribió a su novia contándole todo, sin detalles, con mil vaguedades y bajo un velo que en vez de amenguar exageraba la verdad.

Desde entonces cobró fortaleza, se mantuvo seco y frío, se encerraba en su cuarto para estudiar sin atender a los intereses de doña Pepa, que pedían economía de luz. Recibió contestación y con ella el perdón que había pedido.

La criada nada le preguntó ni extrañó el cambio. Algún tiempo después salió de casa y al cabo la olvidó Gabriel. Sólo de cuando en cuando recordaba como cosa vaga aquel episodio, aquella afición naciente en que no hubo palabras de amor ni besos.

LA PORTADORA

Folletín erótico
de Pedro Lipcovich



24. Ascenso

Cuando Lucio lo sepa, se va a ir. En el número 560 de la avenida, junto al Cabildo, hay una galería sombría. En la mitad de la galería hay un ascensor antiguo, abierto. *Cuando Lucio sepa, no me va a querer*. Detrás del ascensor, en la planta baja, un vitral oscurecido. El ascensor sube lentamente. En el primer y segundo pisos, vidrios opacos. A partir del tercer piso, tras el ascensor, hay una ventana transparente: se ve la torre blanca del Cabildo y la pequeña arboleda de su patio. A partir del quinto piso se ve todo el horizonte: más allá del Cabildo, la plaza con la pirámide mortuoria, y más allá un gran inquilinato rosado y más allá unos silos y una zona verde de vegetación, y por fin el río que llega hasta el cielo.

Lucio y Viviana salen del ascensor en el último piso, donde sólo hay unas oficinas cerradas; junto a la escalera hay una ventana grande que también mira al río. Y entonces Lucio siente el ridículo: solamente a él se le ocurre invitar a una mujer a pasear en ascensor. Espía la reacción de Viviana: ella está abstraída, quién sabe en qué piensa. Le hace un gesto casi de disculpa que ella no contesta o no percibe. Viviana va a sentarse en la escalera; mira a lo lejos. Lucio la sigue, se sienta a su lado. *Va a ser comprensivo, atento como Claudio era al principio: como Claudio, va a tener miedo de besarme*. "Si querés nos vamos", vacila Lucio. Ella niega sin mirarlo. Lucio la mira callar; ha fracasado otra vez, como va a fracasar con la bicicleta voladora; desde muchos lugares se puede ver el río sin riesgo de que un portero venga a echarlos. Lucio trata de explicar: una vez entró en la galería por casualidad, una tarde que estaba muy solo, y descubrió el ascensor que se iluminaba al subir. Lucio calla que esa vez soñó en volver un día con alguien, con ella, porque teme que la verdad suene falsa. Viviana no responde, mira por la ventana grande; quedan en silencio. Se escucha el ascensor, va a venir alguien, es mejor que se vaya, pero ella lo retiene tomándolo de la mano.

¡Ella le agarró la mano! Entonces Lucio no hizo mal en traerla aquí, todo está bien, y Lucio toma la mano de Viviana entre las suyas. Pero ella teme que él la bese. Teme que él la bese sin saber, y que, después, él tenga miedo. Mejor que ella se lo diga ya. Con ojos bajos empieza a decir que le quiere decir algo:

—Te quiero... —no se atreve a seguir. Pero dijo "te quiero", y piensa que él va a pensar que le dijo que lo quiere. Viviana retira la mano. Lucio la mira inquieto. "Lo que te quiero...", vuelve a intentar ella y vuelve a detenerse. El espera, con aprensión. Entonces escuchan pasos en el piso inferior: vendrá alguien, les preguntará qué hacen allí. Viviana, muy rápido, sin mirarlo, le dice lo que tiene que decirle.

El no ha respondido. Ella finalmente lo mira. Lucio sonríe: ¿Se burla?

—No... Es que lo dijiste de una manera que yo pensé que era algo malo tuyo... No sé... —Lucio busca un ejemplo—, que hubieras traicionado a alguien o algo así...

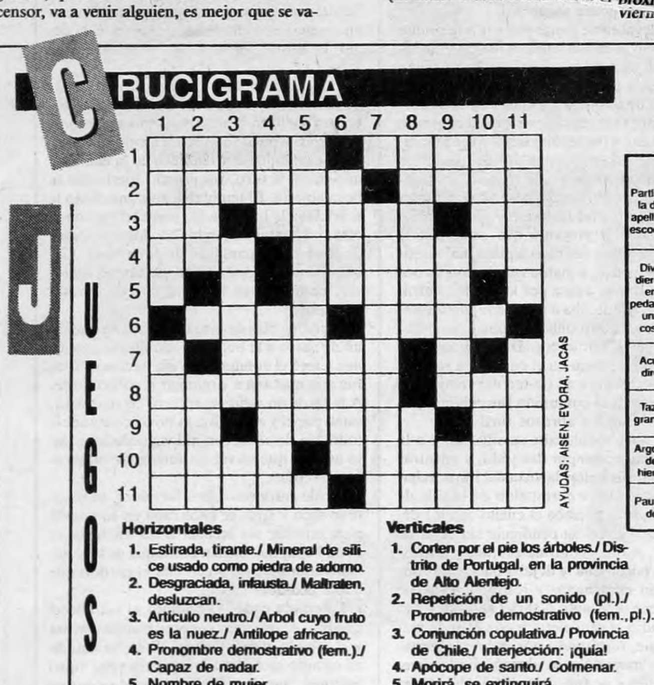
Viviana por un momento cree que Lucio no existe, que ella es la que entró en la galería una tarde de mucha soledad y soñó en volver un día con alguien, con él. Pero no, Lucio está aquí ella lo ve.

Y, ante su respuesta, ella se enoja. Se vuelve hacia la ventana grande y llora con sollozos tibios porque él no la toma en serio. El no sabe qué decir, otra vez se equivocó. Y, con necedad masculina, trata de mostrar quién es él: la bicicleta voladora es en realidad un proyecto muy avanzado. Es para dos tripulantes, que la impulsarán pedaleando. Como la energía generada en vuelo no sería suficiente, el aparato va a contar con una batería que almacenará la energía generada por pedaleo previo en tierra. Lucio fue resolviendo diversos problemas de cálculo y materiales; lo que todavía tiene que obtener es una batería de gran capacidad extraordinariamente liviana: esto no está seguro de poder resolverlo, admite cabizbajo, y el miedo de él es que ella no lo quiera, se da cuenta Viviana. Lo mira. Deja que él le seque las lágrimas con una caricia. De nuevo escuchan ruidos, alguien viene. Se besan. No tienen tiempo que perder.

(El folletín continuará hasta el próximo viernes.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA



AYUDAS: AISEN, EVORA, JACAS

Horizontales

1. Estirada, tirante./ Mineral de sílice usado como piedra de adorno.
2. Desgraciada, infausta./ Maltraten, desluzcan.
3. Artículo neutro./ Arbol cuyo fruto es la nuez./ Antilope africano.
4. Pronombre demostrativo (fem.)./ Capaz de nadar.
5. Nombre de mujer.
6. Bastante./ Conoce.
7. Arbol de madera negra, muy apreciada para hacer muebles.
8. Respetar, honrar./ Exista.
9. Símbolo del osmio./ Caballos de menos de siete cuartas de alzada./ Símbolo del rutenio.
10. Racamento./ De Iberia (pl.)
11. Coceré a las brasas./ Gran ría de Galicia.

Verticales

1. Corten por el pie los árboles./ Distrito de Portugal, en la provincia de Alto Alentejo.
2. Repetición de un sonido (pl.)./ Pronombre demostrativo (fem.,pl.).
3. Conjunción copulativa./ Provincia de Chile./ Interjección: ¡quía!
4. Apócope de santo./ Colmenar.
5. Morirá, se extinguirá.
6. Esclava y esposa de Abraham./ Vine a la vida.
7. Guardaba cosas de valor.
8. Río de Africa./ Esencia o naturaleza de las cosas.
9. Interjección de asco./ Ciudad de la cual era rey Layo./ Voz de arrullo.
10. Cambié el color de algo./ Dios griego del amor.
11. Revoco, invalido./ Proceso.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Particula de apellido escocés / Perteneciente al marido / Picazón, escozor / Hálito, soplo / Valor supremo moral / Acciones extravagantes / Río de Europa / Inaugurar / Dividieron en pedazos una cosa / Rezaré / Empaqueta / Se atrevía / Acudiré / Plural de consonante / Licor alcohólico / Taza grande / Emperador de Rusia / Argolla de hierro / Fig.: enlazó / Pausado / Apócope de santo

AYUDAS: Marial, Tialo

SOLUCIONES

8926